

Jazz Band, considerada como algunos como la mejor orquesta de música popular que haya tenido Barranquilla, y cuyos principales integrantes pasaron a formar la Orquesta de Pacho Galán en los años 50, la época gloriosa del merecumbé. Moraleja: a pesar de ser básicamente la misma agrupación, la Orquesta Sosa y la Emisora Atlántico Jazz Band no coincidieron en el tiempo pero su historia constituye un apasionante viaje por el pasado musical que nuestro autor, en su premura, no alcanzó a captar.

ADOLFO GONZÁLEZ HENRÍQUEZ

Acerca del oficio

Alquimia de escritor. Citas de grandes autores sobre el taller literario

Prólogo, selección y notas de Roberto Rubiano Vargas

Intermedio Editores, Bogotá, 1991, 150 págs.

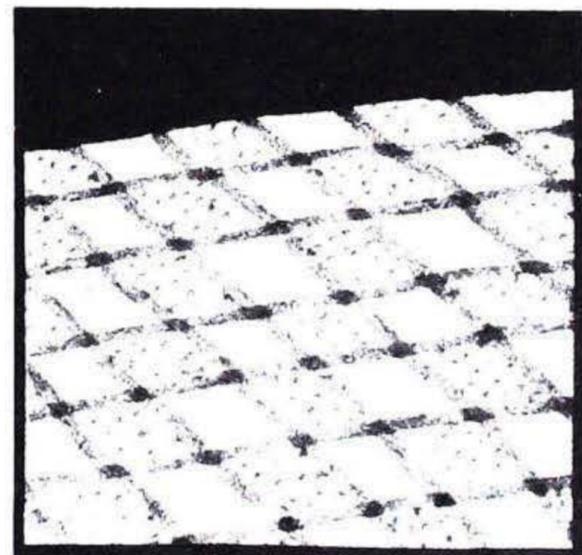
Este es un libro de provocativa lectura para lectores, aprendices de escritor, curiosos, profesores, estudiantes, para todo el mundo y también para escritores que no se consideren muy iluminados como para no leer algo acerca del oficio. Es un texto muy bello porque habla de literatura. En él, distintos escritores —hombres y mujeres— opinan sobre diversos temas. El material ha sido seleccionado por Roberto Rubiano, escritor también, con intenciones concretas trazadas a su antojo.

Estas páginas no enseñan a escribir, pero tal vez sí enseñen a leer de otra manera. En esta hora en que la búsqueda del lector se hace tan difícil para el escritor, en que la oferta editorial es tan confusa, acercarse a las razones de la literatura quizá permitan al lector llano acceder a herramientas que afinen su criterio [pág. 14].

Bajo los diversos temas escogidos, unos más interesantes, otros menos, unos mejor logrados en el resultado final, se agrupan las citas de los famosos, organizados bajo títulos y con una breve introducción. Este texto es también una manera de acercarse a cada escritor y a su pensamiento. De leer o releer a los amados, a los no tan queridos, a quienes no son indiferentes, a los pedantes, o a los antipáticos para de repente sentir que no lo son tanto, y a los desconocidos para conocerlos. Leer estas citas es una manera de desmitificar a los escritores, o la literatura, o el oficio, o, por el contrario, de subirlos a sus pedestales. Es también conocer sus intimidades, reencontrarnos con el fino humor de Chandler, la sabiduría de Cortázar, la claridad de Yourcenar, la inteligencia de Borges, la sinceridad de Nin, etc. Ellos y ellas, aunque ellas estén presentes en reducidísimo porcentaje, por razones obvias, son los espejos, en los que nos miramos para reconocernos.

Comenzamos con "La lectura: principio y fin de la escritura", tema fundamental cuando se piensa en el oficio, aunque el mismo autor del libro diga que "el lector es una especie en vía de extinción". Pensamiento que no comparto; mientras haya seres humanos que sepan leer habrá lectores. El goce de leer es como una enfermedad congénita que se alivia con lecturas. ¿Cómo podría quien nace con esa enfermedad sobrevivir sin leer? Y por otro lado, sin lectura no hay realidad para el escrito, porque, "como señala Maurice Blanchot, un texto no leído es un texto que no existe". Así que sobre el acto de leer, los gustos, la importancia de las lecturas de infancia, las relecturas, las influencias, las búsquedas, el sentimiento del lector, encontramos las opiniones. Infortunadamente no se hace alusión directa a ninguna obra; es una de las condiciones que el autor se impuso, no sabemos por qué, y es una carencia, porque leer una y otra vez lo bueno o lo malo acerca de una obra es una manera de acercarse a ella. Ya después yo, como lectora, decido. Este capítulo no es el más afortunado.

"El sencillo arte de escribir", "La nostalgia como materia narrativa", "El escritor y la técnica", "Computadores, teclas, plumas", "El estilo es el hombre", "La literatura como arte", "Consejos para sobrevivir" y cuento, novela, poesía, publicaciones, publicidad, cine, periodismo, narrar para los niños, éxitos y fracasos, crítica, vicios y manías son los temas sobre los que expresan opiniones los escritores y escritoras que ha citado Roberto Rubiano. A veces el texto se pone pesado, por más que el autor intentara no hacerlo así. Sin embargo, la manera como está ordenado, frases sobre el mismo tema y como uno contradice al otro o a la otra, o lo apoya para probar que no hay verdad, que todo es ilusión, obligan al lector, o lectora, a detenerse para una reflexión. También el autor de la selección se encarga de introducir algunas citas escogidas con humor, ese humor que ya conocemos, y que es también su aporte, y que refresca cuando se pone pesado, de manera más acertada que cuando se entromete con pequeños párrafos de comentarios.



En resumen, el resultado es un texto bien logrado, porque de estos mismos ensayos ya conocemos fracasos que más que contribuciones son aburririones. Quizá lo más interesante sean los aportes sobre el cuento y la novela que hacen los maestros, sobre la necesidad de escribir, escribir o morir, y sobre la crítica, ya que la mayoría coinciden —no el autor— en que de nada sirve y que los críticos son unos resentidos. Aquí inevitablemente pensé en este Boletín.

Y bueno... al fin y al cabo se trata de palabras y de cómo cada cual las usa, y de cómo el autor las escoge, y del cómo yo las leo y el cómo tú las sientes. Y de un oficio que, como dice García Márquez, "no sirve para nada".

DORA CECILIA RAMÍREZ

Ser mujer no es suficiente

Voces en escena, antologías de dramaturgas latinoamericanas

Nora Eidelberg y María Mercedes Jaramillo (antologistas)

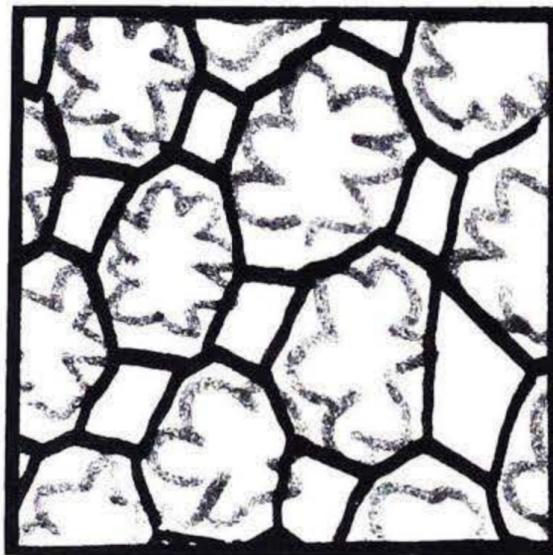
Universidad de Antioquia, Medellín, 1991, 506 págs, 8 láminas.

Esta antología de ocho autoras hispanoamericanas de teatro contemporáneo (¡qué extraña parece todavía la palabra *dramaturga*!) viene precedida por una corta introducción, escrita por las antologistas Nora Eidelberg y María Mercedes Jaramillo —así como una breve nota biográfica precede la pieza teatral de cada autora antologada, lo cual es muy necesario en el caso de personalidades aún poco conocidas—, y culmina con una útil bibliografía al final del libro, tanto sobre la producción dramática realizada por mujeres de toda América —país por país— como sobre temas femeninos referidos al teatro.

Como acertadamente advierten las antologistas, los motivos para la realización de este volumen están más que justificados: el acceso a obras teatrales de cualquier tipo ha sido de por sí muy difícil en nuestro medio, tanto más cuando éstas han sido escritas por mujeres. Recordemos solamente, en el siglo pasado, en Colombia, el caso de Soledad Acosta de Samper (1833-1913), dramaturga también, además de cuentista y novelista, raramente recordada, cuyas

obras dramáticas parecen haberse hecho polvo en el fondo de un baúl.

En efecto, hasta hace poco, muchas mujeres, muchas más sin duda de las que tenemos aunque sea noticias, se habían visto obligadas a ejercer sus talentos "no femeninos" casi a escondidas, carcomidas por el sentimiento del "qué dirán". Es muy cierto que el hombre, en una sociedad ampliamente dominada por intereses y valores "masculinos", a menudo vio como a una intrusa a una mujer que realizara tareas reservadas, según pensaba, sólo a él. En el mejor de los casos la trató como una desadaptada, con algo de compasión tal vez, en todo caso como a una pobre persona que no sabía, por "instinto" aunque fuera, el lugar que le correspondía en la sociedad pública; es decir, esa mujer de todas maneras era, por decir lo menos, torpe, imprudente. Y es verdad también que, todavía, la mujer inteligente y culta sigue siendo algo incómoda para los hombres de ciertos grupos sociales.



En el caso del teatro, que las antologistas mencionan casi de paso, el asunto había sido por muchos siglos aún más grave. En Occidente y en Oriente, en efecto, el teatro se inició en rituales religiosos que prohibían expresamente la participación de la mujer (los sacerdotes siguen siendo siempre hombres, aún en nuestros días). Esta tradición pervivió en el teatro occidental hasta los tiempos de Shakespeare por lo menos, y en Oriente sobrevive en el Japón, donde hallamos varones especializados en papeles femeninos, sin que ello menoscabe en absoluto su masculinidad. Las autoras pasan de largo, sin

embargo, ante un hecho significativo entre nosotros: en América la cosa parece haber sido bien diferente hasta que comenzaron los tiempos coloniales, pues todavía hoy podemos ver a mujeres danzando al lado de los hombres en rituales indígenas que siguen representándose en territorios aislados de lo que llamamos "civilización". Ello quiere decir que América, al fin y al cabo, no ha sido siempre tan hostil a la mujer en el campo del teatro, particularmente en la época precolombina. El *Ollantay* peruano, quizá la más lograda de las obras prehispánicas que han sobrevivido, tiene relevantes papeles femeninos que pudieron presumiblemente ser representados por mujeres: la adorable Cusy Coyllur, la comprensiva Mama Roca...; y tratándose en todos los casos de obras anónimas, ¿por qué no pensar que sus autores hayan podido ser "dramaturgas"?

En todo caso, para bien o para mal, las cosas cambiaron radicalmente en América con el advenimiento de la cultura occidental. Aquí el teatro, desde ese momento, se asimiló a esa tradición en gran medida. Las obras coloniales que los sacerdotes católicos hicieron representar en México o en el Perú para la conversión o edificación de las almas indígenas, negras, mestizas y blancas, fueron concebidas por ellos, de lo cual podemos deducir que seguramente fueron representadas exclusivamente por hombres, como era de rigor. Con el transcurso del tiempo al menos quedó un prejuicio muy arraigado: la mujer siguió siendo *mal vista* en el teatro, ya fuera como actriz o como autora, o como cualquier otra cosa, incluso como público, como lo testimonia en alguna ocasión el dramaturgo colombiano Antonio Alvarez Lleras, si no me equivoco.

Pero lo más grave del asunto es que la propia mujer estaba convencida del juego, con la notable excepción, que parece confirmar la regla, de sor Juana Inés de la Cruz en México. Lo más grave sigue siendo que muchas mujeres se consideran aún incapaces de ejercer ciertos oficios o profesiones que les parecen "naturalmente" masculinos. Lo peor para la mujer ha sido, no tanto la